

«Bien aventurada Patria
que tales hijos engendras
que tanta virtud abarcas».

¿Obra tan hábilmente ejecutada es única? No; este florero debió tener un compañero con el mismo terceto y con el Sello de armas de la República de los Estados Unidos de América en una cara y en la otra el retrato del Libertador Bolívar. Tal obra debió ser obsequio mandado desde París por algunos de sus tantos admiradores en esta capital, después de la creación de Colombia, como la Baronesa de Villars, Rocafuerte, José Fernández Madrid, Olmedo, Palacios, etc. etc. La época en que se hizo este presente debió ser en 1826, días en que el célebre Enrique Clay, en un banquete dado por el Gobierno norteamericano al General Laffayette, festejó a Bolívar llamándole el Washington de la América del Sud; al mismo tiempo que la familia de aquel fundador de libertad, agasajaba con espléndida e histórica dádiva al mismo Libertador por el intermedio de Laffayette.

Domina en este regalo una sola idea: la gloria de las dos Américas, representada por los dos Washington. Por esto aparecen trocados los Sellos de armas de cada República, como para manifestar el lazo que debe unir estas dos porciones del Hemisferio Oceánico; la una en la cual se eleva majestuosa el águila del Norte, la otra en la cual se posa el cóndor de las eternas nieves sobre los volcanes, atalayas del mundo de Colón.

ARISTIDES ROJAS.

(Siete estudios de
Aristides Rojas, Caracas).

27.—Obrerito

Madre, cuando sea grande
¡ay! qué mozo el que tendrás!
Te levantaré en mis brazos,
como el viento alza el trigal.

Yo no sé si haré tu casa
cual me hiciste tú el pañal
o si fundiré los bronce,
los que son eternidad.

Qué hermosa casa ha de hacerte
tu niñito, tu titán,
y qué sombra tan amante
el alero te va a dar.

Yo te regaré una huerta
y tu falda he de colmar
con las frutas perfumadas:
pura miel y suavidad.

O mejor te haré tapices
y la juncia he de trenzar;
o mejor tendré un molino,
el que canta y hace el pan.

¡Ay! qué alegre tu hombrecito
en la fragua va a cantar,
o en la rueda del molino
o en las jarcias en el mar.

Cuenta, cuenta las ventanas
que estas manos abrirán;
cuenta, cuenta las gavillas
si las puedes tú contar...

(Con la greda purpurina
me enseñaste tú a crear,
y me diste en tus canciones
todo el valle y todo el mar...)

¡Ay, qué hermoso niño el tuyo
que jugando te pondrá
en lo alto de las parvas
y en las olas del trigal...!

GABRIELA MISTRAL.

(Desolación).

28.—Sobre las abejas

Un trozo de diálogo.

—¿Es verdad, mamá, que las abejas forman su miel de las flores?

—Sí, queridito, y con ello nos dan un hermoso ejemplo de perseverancia, de paciencia, de laboriosidad. Imagínate los viajes que tendrá que hacer cada una de ellas, al cabo del día, a fin de reunir, entre todas, los elementos necesarios para completar un gramo de miel... Y siendo tan pequeñas y pensando que a veces realizan trayectos de kilómetros y kilómetros a selvas distantes, a jardines apartados, comprende cuanto puede ser su amor al trabajo. Además, viviendo en comunidad, como viven, son muy ordenadas y justas, y a fin de repartirse equitativamente la tarea, sin que haya confusión de obligaciones, cumplen éstas por grupos: unas, que preparan la cera y hacen las geométricas celdillas del panal; otras que traen los jugos melíficos; otras que cuidan de las larvas y otras que se encargan de la limpieza de la colmena y la vigilancia de la puerta. Todo con tal orden, con tal disciplina, que una colmena puede servir de ejemplo para la organización de un país o de una casa. Asombra, también, el sentimiento de perfecta justicia que anima a la colonia. Todas las abejas trabajan por igual, todas realizan su tarea sin rebeldía ni pereza.

—Yo quisiera convertirme en abeja.

—Sin necesidad de ello, hijito, puedes ser ordenado, juicioso, trabajador y justo, con lo que yo estaré muy orgullosa y tú seras un muchacho querido de todos. Algo así como una buena y útil abejita.

JUANA DE IBARBOUROU.

(Ejemplario).

29.—Parábola de los segadores

Llegaron a segar un campo dos segadores. El uno, ansioso de segar mucho, empezó a cortar sin cuidarse de afilar la guadaña y al poco rato, mellada ella y embotado el filo, derribaba la yerba, mas sin cortarla. El otro, deseoso de segar bien, se pasó casi toda la mañana en afilar su instrumento, y al caer de la tarde ni éste ni aquél habían ganado su jornal. Así hay quien sólo se cuida de obrar sin afilar ni pulir su voluntad y su arrojo, y quien se pasa la vida en afilar y pulimento, y en prepararse a vivir le llega la muerte. Hay, pues, que segar y pulir la guadaña, obrar y prepararse para la obra. Sin vida interior no la hay exterior.

MIGUEL DE UNAMUNO.

(Vida de Don Quijote
y Sancho).